

ETERIA

ITINERARIO

Prólogo, traducción y notas de
Juan Monteverde, S.D.B.

Serie
Los Santos Padres
N.º 31

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2006-1990

I.S.B.N.: 84-7770-188-1

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirta S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

EL ITINERARIO DE ETERIA

El itinerario de Eteria preocupó la atención de los eruditos de los últimos decenios. En la biblioteca del convento de Santa María de Arezzo (Italia), fue descubierto el código manuscrito. El texto llegó mutilado e incompleto. Se llevaron a cabo sobre él reiterados estudios —históricos, litúrgicos y filológicos—, algunos de innegable valor. Varias ediciones han visto la luz desde la primera, que en 1887 publicara su descubridor, el sabio italiano J. F. Gamurrini. Se tradujo también a numerosos idiomas.

Para la presente versión nos sirvió de base el trabajo del P. Geyer, que ofrece una edición fidedigna del *Itinerarium aetheriae* en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum Latinorum*, Vol. XXXIX, Viena, 1898. En cuanto lo consintieron nuestras posibilidades bibliográficas, hemos también consultado los estudios y fuentes que ofrecen mayor credibilidad. No pretendemos brindar un trabajo exhaustivo, sino tan sólo presentar los documentos de la pujante espiritualidad descrita por Eteria.

Las nociones introductorias, que preceden la versión, han de facilitar su lectura y la comprensión del texto.

Ciudad de Eva Perón, fiesta de San Gregorio Magno, 1954.

J. M.

Nota: Hemos conservado la *enumeración marginal* y la *división de capítulos*, tal como se hallan en el texto; tan sólo hemos colocado los títulos para facilitar el manejo de la obra.

CARACTERES DE LA OBRA

Se trata de una relación de viaje. El recorrido abarcó las regiones del cercano Oriente: Sinaí, Egipto, Palestina y Asia Menor. Impulsan a Eteria el afán de venerar los recuerdos de Cristo y recorrer los sitios mencionados en el Antiguo Testamento, con los que entrelaza la vida de los personajes bíblicos. Se postra reverente ante los Santos Lugares, sigue las pisadas del Redentor, recorre el itinerario del pueblo escogido y de sus guías. Llega hasta el alto Egipto y la Tebaida con el fin de saturar su espíritu con el ambiente místico y ascético de los monasterios y de los eremitorios.

Lo observa todo y, con meticulosa prolijidad, lo consigna todo, para transfundir en el ánimo de sus hermanas las saludables impresiones recibidas. No busca centrar la atención en sí misma, ni atraer las miradas sobre su persona, sino sólo hacia la nobleza y santidad de lo consignado. En manera alguna puede decirse que se perdió en generalizaciones; aceptó sin más, inexactitudes o errores. No estamos frente a una relación veleidosa o sensacionalista. Refiere sólo cuanto ha observado con detenimiento. No pueden achacársele improvisaciones, aunque a veces menudeen las incorrecciones, debidas a la incompetencia de los informantes. Permaneció allá tres largos años en los que sin cesar recorre los sitios más diversos, interroga a personas competentes, se hace acompañar por quienes conocen el lugar, escucha las narraciones y leyendas ligadas a los distintos ambientes y se documenta leyendo las Escrituras y las Actas, que se les refieren.

Muestra estar familiarizada con la lengua hablada en esas regiones y no omite sacrificio para participar en largos oficios litúrgicos y ceremonias, y aun someterse a fatigosas caminatas y ascensiones para dar de todo relación ocular y precisa.

Nos place presentarla cual ejemplo útil de cómo se pueden aprovechar de los viajes y las peregrinaciones.

No debe primar en ellos un criterio personal y egoísta, sino además un deseo de hacer partícipes, a quienes no tuvieron oportunidades semejantes, de las bellezas, el espíritu, las tradiciones y la religiosidad observada en los lugares visitados. Hoy que nos encontramos de continuo con relaciones lamentablemente cargadas de personalismo y apriorismos, infundadas y carentes de ele-

mental honestidad, causa placer toparnos con estas viejas apuntes tan densas de verdad y probidad.

AUTORA

En un principio, por faltar las primeras páginas del manuscrito, se tituló esta obra "*Peregrinatio Silviae*", atribuyéndoselo a Santa Silvia de Aquitania. Dom M. Ferotin, basado sobre todo en la carta *Ad monachos berdigenses* de San Valerio, prueba que la autora es la virgen Eteria, de Galicia. Al presente han fundamentado suficientemente esta opinión los estudios de Z. G. Villada y de otros eruditos.

Por cierto que se trata de una religiosa; pero no poseemos sobre su vida otros datos fuera de los que se deducen del Itinerario. No parece que viviera en comunidad, pues si exceptuamos algunas frases imprecisas del Papa Siricio (1), los primeros datos sobre los monasterios españoles, nos llegan de la segunda mitad del siglo V. El austero monje de Vierzo, el mencionado San Valerio, la llama *beatissima sanctimonialis*, término que designa a las religiosas de vida común. Con todo, San Agustín afirma que en su tiempo este epíteto significaba "virgen consagrada" (2), y el cuarto Concilio de Toledo en su canon 56, el año 633, lo aplica también a las viudas que consagran a Dios su castidad, sin requerir de ellas vida común.

Es verdad que la autora se dirige a sus compañeras con marcada ternura: "Mis venerables señoras, mis hermanas, dueñas de mi alma, luz mía...", lo que denota la existencia de lazos comunes y trato familiar; pero no muestra con eso una dependencia jurídica muy estricta, pues de regreso a Constantinopla, después de tres largos años de ausencia sin manifestar mayor preocupación de reunirse con sus compañeras, cierra su diario planeando nuevas salidas.

Por ello nos inclinamos a creer que esta vinculación, más que de carácter monástico, tenga tan sólo significado ascético y sentimental. Es muy probable, pues, que Eteria no sea fruto de clausura o de comunidad cerrada, ni menos que haya sido abadesa o superiora —no lo consentirían sus largas ausencias—, sino más bien de ambiente cenobítico basado en la solidaridad y mutua comprensión.

En el mundo debió ser dama de gran prestigio, a juzgar por la deferencia que le dispensan tanto los obispos y los monjes, como las autoridades imperiales romanas y sus mismos acompañantes. Apoyan este parecer las enormes erogaciones que tan largos viajes debieron demandar. Quizá —y, como otros autores, nos encontramos en el terreno de lo conjetural— tuvo lazos de parentesco con el emperador Teodosio, también de origen gallego, o con alguno de los altos funcionarios de su corte.

El diario nos muestra una mujer perspicaz y piadosa, llena de aprecio y versación en las Sagradas Escrituras, que lee con solicitud en cada uno de los sitios visitados. Se muestra inquieta por ver cuánto puede dar pábulo a su devoción. En sus peregrinaciones va siempre acompañada por sacerdotes, con el fin de participar en el sacrificio eucarístico y de la comunión. Trata con familiaridad a los monjes, con quienes se siente íntimamente unida. Su devoción es pues intensa, aunque su espiritualidad adolezca de alguna superficialidad.

Crédula en extremo, jamás discute las afirmaciones de sus guías, dando así cabida en su escrito a incorrecciones y leyendas. Se llama a sí misma “curiosa” y “ávida de conocerlo todo” (3); de aquí la agudeza y minuciosidad en la narración y su capacidad de asombro ante las bellezas naturales y del espíritu.

La reciedumbre con que arrostra las más penosas ascensiones y travesías, hace suponer que se trate de persona en edad no muy avanzada.

ESTILO

Esta obra pertenece al “Latín vulgar”. Como tal detenta imponderable valor. Es el latín hablado por la aristocracia hispano-romana. En la “Historia de España”, que dirige Menéndez Pidal, se afirma que “Egeria (Eteria) (4) ha de colocarse con todo derecho al frente de las escritoras españolas” (5).

Los trabajos filológicos realizados desde la fecha de su descubrimiento en 1887 hasta hoy, son de notable importancia (6). No obstante haber sido escrito por una dama de elevada posición social, la lengua es la usual y común, la hablada en un ambiente y en una época muy olvidados de la Roma clásica. Abundan formas

y palabras bárbaras, errores de sintaxis en los casos y los modos e incorrecciones y pobreza de léxico; un lenguaje que carece de toda elegancia y colorido. La oración se deslía en repeticiones, pleonasmos, vaguedades y sobrecargos que a veces dificultan notablemente la comprensión del sentido. Los momentos de mayor emoción son expresados por adjetivos manidos, como: inmenso, muy hermoso, bello... No parece vestigio alguno de cultura literaria, ni en la forma ni en las citas. Demuestra, en cambio, grande conocimiento y familiaridad con las Escrituras.

No obstante estas apreciaciones, al parecer aniquiladoras, trasciende del conjunto un innegable atractivo y una cautivante ingenuidad en la narración, que encanta al lector.

IMPORTANCIA

El valor de este diario nace de la venerable antigüedad de sus datos. Se refieren a tres asuntos igualmente respetables y santos: la Sagrada Escritura, la Liturgia de Jerusalén y la Catequesis. Constituye una fuente primordial para historiar la liturgia del Oriente, la arqueología de los Santos Lugares y la vida monástica en Egipto y en Palestina.

Todos los aportes litúrgicos, arqueológicos y escriturísticos, algunos de ellos de extraordinaria importancia, han sido ya señalados y aprovechados por las correspondientes disciplinas. Quizá mantengan aún toda su frescura primitiva y las afirmaciones y los datos sobre la catequesis y la instrucción a los catecúmenos; por ello los presentamos con particular interés. De su lectura, lo primero que se desprende es la seriedad y trascendencia entonces concedida a la instrucción catequística. Los datos corroboran idénticas afirmaciones de otras fuentes contemporáneas, sobre todo de las "Catequesis" de San Cirilo de Jerusalén.

Nada nos refiere de la preparación anterior al catecumenado, a veces extendida hasta dos y tres años. Expone sin retaceos y con brevedad cuanto se cumplía en las semanas de Cuaresma: el interrogatorio solemne, la inscripción llevada a cabo por el obispo ante testigos, los exorcismos, y, por fin, la catequesis como tal. Todos los días de ayuno, a continuación del oficio nocturno, el obispo personalmente enseñaba a los catecúmenos —y a los fieles que lo desea-

ban— por espacio de tres horas (desde las seis hasta las nueve de la mañana) la Escritura por entero, el Símbolo y los sacramentos. En las cinco primeras semanas, hacía la explanación de la Escritura; consagraba las dos semanas siguientes al Símbolo y después de la Semana Mayor (la Pascua) les revelaba el sentido misterioso de los tres sacramentos que recibirían en la noche de Pascua, a saber: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. El sentido y manera de estas explicaciones nos lo dan con mayor abundancia las citadas “Catequesis” de San Cirilo.

FECHA

Hasta el presente nos encontramos en pleno dominio de la hipótesis. La cronología que se desprende del diario nos ubica en los extremos, entre los que hemos de colocarlo.

El año 363 el emperador Joviano abandona a los persas la ciudad de Nísibe. Eteria (20, 12) constata que Nísibe se encuentra en poder de los persas. También afirma (17, 3) su paso por Antioquía; conocemos que Cosroes I destruyó esta ciudad en el año 538. De modo que no puede colocarse este Itinerario ni antes del 363 ni después del 538.

Nuestra autora habla de la carta de Abgar (19, 19). Eteria menciona una copia existente en su tierra, la que no parece ser otra que la traducción de Eusebio hecha por Rufino hacia el 398. Este dato circunscribirá aún más la fecha de este viaje, la que no podría colocarse sino a principios del siglo V.

Parece, por tanto, improbable la deducción presentada por Meister y seguida por varios, dilatándolo hasta el siglo VI. Creemos respetables y suficientemente basadas las opiniones que ubican esta obra a principios del siglo V (415) por coincidir con el florecimiento del monaquismo, del que es brillante testimonio este relato. Y más aún, si se supone que Eteria fuese parienta del emperador Teodosio.

MENSAJE DE ETERIA

Actualmente asistimos a un alentador despertar de los estudios eclesiásticos y a una valoración cada día más creciente de los

principios formativos. Acertadamente es también mayor el recurso a las fuentes primigenias y al conocimiento de la profunda espiritualidad vivida en la época de los Padres, de lo cual el Itinerario de Eteria es una prueba indiscutible. Tales constataciones han de llenarnos de gozo e infundirnos esperanzas de que quizá pronto pueda también afirmarse de los cristianos de hoy, lo que nuestra autora decía de los de su tiempo, que aquí todos eran capaces de entender las Escrituras porque todos habían sido adecuadamente instruidos (7).

Creemos que solamente una piedad ilustrada pueda ayudarnos a afrontar con eficacia y competencia la crisis de valores que nos ahoga. En el acercamiento a Cristo y la aceptación de la plenitud de su mensaje, radica la salvación del mundo actual: “Instaurarlo todo en Cristo” (8). De este modo se transformó el mundo pagano y se estructuraron aquellas recias comunidades de la iglesia primera —como las descritas en este diario— que alimentaron la vitalidad de siglos de Cristianismo.

JUAN MONTEVERDE, S.D.B.

NOTAS

1. *Epist. I Siricii ad Himerium*, P. L. XIII, c. 1137.
2. San Agustín, *De sancta virginitate*; P. L., XL, 428.
3. *Vide* 16, 3; 10, 9.
4. Cf. Dom A. Wilmart, *Egeria*, “*Revue bénédictine*”, 1913; t. XXX, p. 174.
5. Cf. Menéndez y Pidal, R., *Historia de España*, III, 559.
6. Cf. sobre el *Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae*, de Löfstedt, Uspala, 1911; algunos de cuyos consejos sobre la manera de traducir ciertas frases y evitar la pobreza del estilo hemos tratado de actualizar.
7. Cf. 46, 3.
8. *Efesios*, 1, 10.

BIBLIOGRAFIA

- GEYER, *Silviae qua fertur peregrinatio ad loca sancta*, *Corpus scriptorum eccl. lat.*, T. XXXIX. Viena, 1894.
- ZACARIAS GARCIA VILLADA, *Historia Eclesiástica de España*.

DOM M. FEROTIN, *Le véritable auteur de la "Peregrinatio Silviae", La vierge espagnole Etheria*. París, Cerf. 1948.

H. PETRE, *Etherie, journal du voyage*. París, Cerf., 1948.

Para consultas y aclaraciones:

Dictionnaires de archéologie chretienne et de liturgie (Cabrol-Leclercq).

Dictionnaires de la Bible (F. Vigouroux).

Analecta Bollandistarum, T. XXX y XXIX.

F. M. ABEL, *Geographie de la Palestine*. París, J. Gabalda, 1933.

A. FERNANDEZ, *Problemas de topografía palestinense*. Ed. Litúrgica Española. Barcelona, 1936.

PRIMERA PARTE
EXCURSIONES

I. Llegada al Monte Sinaí (1)

.....

1. Se nos mostró todo de acuerdo con las Escrituras. Mientras tanto, de camino, llegamos a cierto lugar, en que las montañas —entre las que avanzábamos— separábanse y formaban un valle grandísimo y muy extenso, plano y sobremanera bello (2). Detrás aparecía el Sinaí, el monte santo de Dios.

2. Este lugar, donde se separan las montañas, se une con aquel otro en el que se encuentran “las tumbas de la concupiscencia” (Nos, 11, 34) (3). Llegados allí, los guías, aquellos santos varones (4), que iban con nosotros, nos advirtieron diciendo: “Hay costumbre entre los que vienen, de hacer oración al ver desde este lugar por primera vez el monte santo de Dios”. Y así lo hicimos.

Aquel lugar distaba del monte de Dios alrededor de cuatro millas en total, a través del valle que he llamado inmenso (5).

II. El valle

1. Este valle es en verdad inmenso. Se extiende desde las laderas del monte de Dios. Su amplitud, según pudimos apreciar a simple vista —ellos por su parte nos lo ratificaron—, abarca unos 16.000 pasos a lo largo y alrededor de 4.000 a lo ancho (6).

2. Debíamos atravesarlo para alcanzar el monte. Este es el extenso y planísimo valle en el que moraron los hijos de Israel mientras San Moisés ascendió al monte del Señor, permaneciendo en él cuarenta días y cuarenta noches (Exod., 24, 18). En este valle se fabricó el becerro (Exod., 32, 4), y hoy se muestra todavía el sitio con una gran piedra fija en el lugar. En la extremidad de este mismo valle se encuentra el lugar donde, al apacentar San Moisés los rebaños de su suegro, le habló Dios por dos veces desde zarza en llamas (Exod., 3, 1 y sigs.).

3. Según la ruta establecida, debíamos subir ante todo al monte de Dios, visible desde allí. La ascensión resultaba hacedera por donde veníamos y también podríamos descender hasta el extremo del valle, donde se halla la zarza, pues por ese lado la bajada del monte de Dios es bastante más fácil.

He aquí, pues, lo que determinamos: después que hubiésemos contemplado cuanto deseábamos ver, descenderíamos a la montaña de Dios llegando hasta el lugar de la zarza, y luego, atravesando a lo largo todo el valle por el medio, volveríamos al camino en compañía de los siervos de Dios que nos mostraban todos los lugares mencionados en las Escrituras. Y así se hizo.

4. Saliendo del lugar, donde al llegar de Farán habíamos hecho oración, caminamos para atravesar por el medio al valle en todo su largo (7). De este modo nos acercamos a la montaña del Señor.

El Sinaí

5. La montaña vista desde los alrededores parece que fuese una sola. Sin embargo, al penetrar se ven varios picos. El conjunto es llamado monte de Dios y en manera especial aquel sobre cuya cumbre descendió la majestad de Dios (Exod., 19, 18 y 20; 24, 16), y que se encuentra en el centro de todos. Como está escrito (8).

6. Y no obstante la altura de los montes que están a su alrededor, pues no creo haber visto iguales, el del medio —sobre el que descendió la majestad de Dios— es mucho más alto que los demás. De tal manera que después de haberlo subido, los otros sin excepción quedaban completamente debajo de nosotros, cual si fueran colinitas minúsculas.

7. Hay por cierto en esto algo de admirable que creo no puede explicarse sin la gracia de Dios. Pues siendo la más alta de todas las montañas, la del medio —la que en modo especial lleva el nombre de Sinaí y sobre la cual descendió la majestad de Dios— no obstante, sólo puede ser vista al llegar a sus pies antes de escalarla. Y cuando se descende, después de haber satisfecho el deseo, entonces sólo se la ve de frente; lo cual no puede hacerse antes de subirla. Conocía por referencia de los hermanos esta particularidad ya antes de llegar, pero entonces constaté que era así realmente.

III. Subida al monte Sinaí

1. El sábado por la tarde penetramos en las montañas y llegamos a los monasterios (9). Los monjes, que en ellos moraban,

nos recibieron muy amablemente, cumpliendo con nosotros los deberes de la hospitalidad (10). Existe en ese lugar una iglesia con su sacerdote.

Allí pasamos la noche. El domingo de madrugada, con el sacerdote y los monjes que allí vivían, comenzamos a ascender, uno tras otro, los montes. Se escalan con extrema dificultad porque no se los sube de a poco y dando vueltas —o como decimos, en caracol—, sino que cada ladera se debe subir y bajar en derecha, como a lo largo de un muro, hasta llegar al pie mismo de aquel del centro, el Sinaí propiamente dicho.

2. Y así, según la voluntad de Cristo nuestro Dios y ayudada por las plegarias de los santos que nos acompañaban, yo caminaba con harto trabajo por cierto, pues me veía obligada a subir a pie (era del todo imposible hacerlo en silla); sin embargo, el cansancio no lo sentía en parte al ver que se cumplía mi deseo, según la voluntad de Dios. A la hora cuarta (a las 10), llegamos a la cumbre del Sinaí, la montaña santa de Dios, donde se promulgó la ley, es decir, el lugar al que descendió la majestad del Señor el día que la montaña humeaba (Exod., 19, 18).

3. En este lugar existe hoy una iglesia no muy amplia, pues el lugar mismo, la cumbre del monte, no lo es mucho. La iglesia en sí misma tiene singular belleza.

4. Habiendo, pues, con la ayuda de Dios, subido hasta la cumbre y llegado a la puerta de la iglesia, he aquí que viene a nuestro encuentro, saliendo de su monasterio, el sacerdote que atendía la iglesia. Era un anciano venerable, monje desde la edad primera; como aquí dicen, un asceta (11). Y ¿qué más? Que era un hombre digno de hallarse en ese lugar. Vinieron también a nuestro encuentro otros sacerdotes, como asimismo todos los monjes que moraban junto a la montaña, con excepción de aquellos cuya debilidad o edad se lo impedían.

5. Sobre la cumbre misma del monte del centro no vive nadie. Sólo hay una iglesia y la gruta donde moró San Moisés.

6. Leímos todo el pasaje del libro de Moisés (Exod., 19 y ss.), hicimos la oblación según lo prescrito y comulgamos (12). No bien salimos de la iglesia, los sacerdotes del lugar nos ofrecieron las “eulogias”; a saber, manzanas que nacen en el monte (13). La santa montaña del Sinaí no tiene arbustos por ser muy petrosa; pero abajo, al pie de los montes, tanto del que está en el medio

como de los que lo rodean, hay un poco de tierra. Con gran diligencia los monjes plantan algunos arbustos y preparan pequeñas huertas y cultivos, junto a sus monasterios, y obtienen algunos frutos con el trabajo de sus manos.

7. Una vez hubimos comulgado y recibido las eulogias de aquellos santos varones, al franquear las puertas de la iglesia les pedí que nos mostraran los lugares; lo que hicieron de inmediato. Nos indicaron así la gruta donde estuvo San Moisés cuando por segunda vez ascendió al monte de Dios para recibir nuevamente las tablas (Exod., 34, 1, 2), después de haber quebrado las primeras, a causa del pecado del pueblo (Exod., 32, 19). También se dignaron mostrarnos los demás lugares que deseábamos ver o que ellos presumían de mayor interés para nosotros.

8. Venerables señoras (14), hermanas mías. Deseo haceros notar que desde el lugar en el que nos encontrábamos —es decir, alrededor de los muros de la iglesia levantada en la cumbre del monte central— divisábamos abajo los montes que con tanta dificultad habíamos subido primero. Comparados con la montaña del medio sobre la que estábamos, semejaban colinitas, siendo con todo tan inmensos que no creo haberlos visto más altos, a no ser la del centro, que los sobrepasaba extraordinariamente. Egipto, Palestina, el Mar Rojo, el Mar Parténico (15), que va hacia Alejandría y, en fin, el país de los sarracenos que se extiende infinitamente; todo eso, apenas puede creerse, lo veíamos a nuestros pies. Cada una de todas estas cosas nos las señalaban aquellos santos varones.

IV. El monte Horeb

1. Cumplidos los deseos que nos incitaron a subir, descendimos desde la cumbre del monte de Dios hasta otra montaña colindante llamada Horeb (16).

2. Hay allí una iglesia. En el monte Horeb estuvo el santo profeta Elías cuando huyó de la presencia del rey Acab. Dios le habló allí diciéndole: “¿Qué haces aquí, Elías?”, como está escrito en los libros de los Reyes (III Rey., 19, 9).

La gruta donde se escondió Elías se señala, todavía hoy, delante de la puerta de la iglesia. Puede verse también el altar de

piedra que levantó Elías para ofrecer un sacrificio a Dios. Los santos varones se dignaron mostrarnos cada cosa.

3. Hicimos allí la oblación y una plegaria ferviente y se leyó el pasaje del libro de los Reyes. Acostumbrábamos, en efecto, que una vez llegados a aquellos sitios que habíamos deseado ver, se leyese siempre el pasaje correspondiente de la Biblia.

4. Después de haber hecho la oblación, nos dirigimos a un lugar no muy alejado que nos señalaron los sacerdotes y los monjes, donde había estado San Aarón con los sesenta ancianos, mientras San Moisés recibía del Señor la ley para los hijos de Israel (Exod., 24, 9-14). Aunque no existe construcción alguna, se encuentra en ese lugar una enorme piedra circular, plana por arriba. Allí permanecieron, según dicen, aquellos santos varones. En el centro se conserva una especie de altar construido con piedras. Se leyó el pasaje del libro de Moisés y se entonó un salmo apropiado al sitio, y terminada la oración, descendimos.

5. A todo esto era casi la hora octava (las 14) y aún nos quedaban tres millas (17) para salir enteramente de entre las montañas a las que habíamos penetrado el día anterior por la tarde. Pero no salimos por donde habíamos entrado, como dije más arriba, pues debíamos recorrer todos los lugares santos y visitar los monasterios que allí se encontraban; y salir por la extremidad de aquel valle, del que hablé anteriormente, que se extiende a los pies de la montaña de Dios.

6. Debíamos, pues, salir por esa extremidad porque había allí muchos monasterios de hombres santos y una iglesia donde se encuentra la zarza, la cual vive todavía hoy y produce brotes (18).

La zarza

7. Luego de bajar de la montaña de Dios, cerca de la hora décima (las 16), llegamos junto a la zarza. Esta es, pues, la zarza que mencioné anteriormente desde la cual el Señor habló a Moisés en el fuego. Está en un sitio donde se levantan numerosos monasterios y una iglesia en el extremo del valle. Delante de la iglesia hay un muy hermoso jardín que tiene agua excelente y abundante. En este jardín está la zarza.

8. Muy cerca, se enseña el lugar donde estuvo San Moisés, cuando Dios le dijo: “Desata la correa de tu calzado” (Exod., 3, 5). Cuando llegamos al sitio era ya la hora décima, y como se hacía tarde no pudimos ofrecer la oblación; pero sí una oración en la iglesia y también en el jardín junto a la zarza. Leímos asimismo el pasaje correspondiente del libro de Moisés, según la costumbre. Y dado que era tarde, tomamos una refección en el lugar, delante de la zarza y en compañía de aquellos santos; luego hicimos nuestro campamento. Al día siguiente, despiertos muy de madrugada, rogamos a los sacerdotes que realizaran la oblación; y así fue hecho.

V. Otros recuerdos bíblicos

1. Según el camino establecido, debíamos atravesar el valle por el medio en sentido longitudinal. Se trata del valle del que hablé más arriba, donde se instalaron los hijos de Israel mientras Moisés subía al monte de Dios y descendía de él. Sucesivamente, a medida que nosotros atravesábamos el valle por entero, los santos varones nos iban señalando de continuo los distintos lugares.

2. Completamente en la extremidad del valle, en el sitio donde habíamos acampado y visto la zarza desde la que Dios habló a Moisés en el fuego, pudimos ver también el lugar donde Moisés estuvo delante de la zarza, cuando Dios dijo: “Desata la correa de tu calzado, porque el sitio que pisas es tierra santa” (Exod., 3, 5).

3. Después de abandonar la zarza, también en los demás lugares nos explicaron todo. Nos indicaron el ámbito donde estuvo el campamento de los hijos de Israel durante los días que San Moisés permaneció sobre la montaña. Nos señalaron el sitio donde se fabricó el becerro, en cuyo emplazamiento se yergue todavía hoy una gran piedra.

4. A medida que avanzábamos veíamos de frente la cumbre que domina todo el valle, desde la que Moisés vio danzar a los hijos de Israel los días que fabricaron el becerro. También nos señalaron una enorme piedra en el lugar donde descendió Moisés con Josué, hijo de Nave, contra la que rompió airado las tablas que llevaba (Exod., 32, 19).

5. Nos hicieron notar cómo, en el valle, todos habían tenido su habitación, cuyos cimientos pueden verse todavía hoy formando un contorno de piedra. Y luego el sitio donde San Moisés obligó a los hijos de Israel a correr “de puerta en puerta” al regresar de la montaña (Exod., 32, 27).

6. Y el lugar en que por su orden fue destruido el becerro que les había fabricado Aarón (Exod., 32, 20), Del mismo modo, el torrente del que Moisés hizo beber a los israelitas, como está escrito en el Exodo (17, 5-6).

7. Indicaron también el lugar donde los setenta hombres recibieron el espíritu de Moisés (Num., 11, 25); y el sitio en que los hijos de Israel se inflamaron de codicia por los alimentos (Num., 11-4).

Nos mostraron asimismo el lugar que fue llamado “incendio” porque se abrasó parte del campamento (Num., 11, 1-3); fuego que cesó por efecto de la plegaria de San Moisés.

8. También el sitio donde llovió sobre ellos el maná y las codornices (Exod., 16, 13-14). Y así nos fueron señalando cada cosa, de acuerdo a lo que está escrito en los santos libros de Moisés y que acontecieron en este lugar, es decir, en el valle que se extiende, como les dije, al pie de la montaña de Dios, el santo Sinaí.

Escribir todo detalladamente sería demasiado extenso y no se podrían retener tantos pormenores; pero si vuestra caridad lee los libros santos de Moisés verá con mayor exactitud cuánto allí aconteció.

9. En este mismo valle se celebró la Pascua al cumplirse el año de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto (Num., 9, 1-5). Pues allí demoraron bastante, hasta que Moisés subiera a la montaña de Dios y descendiera una y otra vez. En él se detuvieron, de nuevo mientras se construyó el tabernáculo y todo lo que se le había revelado en la montaña de Dios (Exod., 40, 17). Porque se nos indicó también el lugar donde por primera vez Moisés construyó el tabernáculo y donde se acabaron todas aquellas cosas que Dios, en la montaña, había ordenado a Moisés que hiciese.

10. Vimos igualmente en el límite opuesto del valle “las tumbas de la concupiscencia”. Me refiero al lugar donde volvimos a encontrar nuestro camino; y al salir del extenso valle, retomamos la ruta por la que habíamos venido entre las montañas de las que antes hablé.

10. Vimos igualmente en el límite opuesto del valle “las tumbas de la concupiscencia”. Me refiero al lugar donde volvimos a encontrar nuestro camino; y al salir del extenso valle, retomamos la ruta por la que habíamos venido entre las montañas de las que antes hablé.

Ese día, visitamos también otros monjes muy santos, que por razón de su edad y las pocas fuerzas no habían podido subir hasta el monte de Dios para realizar la oblación. A nuestra llegada se dignaron brindarnos la más hospitalaria acogida.

11. Habíamos, pues, visto todos los lugares santos que pudimos haber deseado, en especial aquellos por los que peregrinaron los hijos de Israel, tanto a la ida como al regreso de la montaña de Dios. Habiendo saludado a los santos varones que moraban allí, en nombre de Dios regresamos a Farán.

12. Yo sé que debo siempre y en todo dar gracias a Dios. Me refiero a las muchas gracias que se dignó concederme al permitirme, indigna como soy y sin méritos, recorrer todos los lugares que no merecía ver. También me refiero a esos santos varones, a quienes nunca agradeceré lo bastante el haberse dignado recibir con benevolencia mi humilde persona en sus monasterios y conducirme a todos los lugares que yo quería ver, indicados en las Escrituras. Muchos de esos santos, que moran en el monte de Dios o en sus aledaños, se dignaron acompañarnos hasta Farán, al menos los más robustos.

VI. De Farán a Clysma

1. Al llegar a Farán, situado a treinta y cinco millas (19) de la montaña de Dios, debimos detenernos dos días para reposar. Salimos temprano el día tercero y llegamos a la etapa del desierto de Farán, donde, como dije más arriba, nos detuvimos al venir. Al día siguiente, completadas nuestras reservas de agua, andando todavía un trecho entre las montañas, llegamos al descanso situado al borde del mar. Allí se sale de entre las montañas y se camina enteramente junto al mar; pero no del todo, pues tan pronto las olas golpean las patas de los animales como se camina a cien, doscientos y, a veces, aún a más de quinientos pasos del mar por el desierto (20). Allí no existe camino alguno, sino que por doquiera campean desiertos de arena.

2. Los faranitas acostumbran andar con sus camellos y colocar señales de lugar en lugar y, según ellas, viajan durante el día. Por la noche los camellos observan las señales; y de este modo, por el hábito adquirido, los habitantes de Farán andan durante la noche con mayor exactitud y seguridad que lo que podrían hacer otros en regiones donde existen rutas bien trazadas.

3. Salimos luego de entre las montañas, hacia el lugar por el que habíamos penetrado a la ida y nos acercamos de nuevo al mar. Los hijos de Israel, al retorno de la montaña de Dios, el Sinaí, hasta este lugar, regresaron por el mismo camino por el que habían ido, esto es, hasta el sitio donde nosotros salimos de entre las montañas y nos juntamos con el Mar Rojo (21). Allí retomamos la ruta por la que habíamos venido, mientras que los hijos de Israel, al partir del mismo lugar —según está escrito en el libro de Moisés (Núm. 10, 12 y 33, 36)— avanzaron por su camino. Empero, nosotros regresamos a Clysma (22) por la misma ruta e iguales etapas que a la ida. Llegados a Clysma, debimos reposar, pues habíamos andado mucho entre las arenas del desierto.

VII. De Clysma a Arabia

1. Yo ya conocía la tierra de Gosén. A su través me había encaminado anteriormente al Egipto. Sin embargo, con el fin de observar detenidamente los lugares por donde habían pasado los hijos de Israel desde su partida de Ramesés, hasta su llegada al Mar Rojo —al sitio que hoy se llama Clysma, a causa del fortín que allí se encuentra—, deseaba que saliésemos desde Clysma a la tierra de Gosén, esto es, a la ciudad denominada Arabia, situada en la tierra de Gosén; pues así se llama parte de Egipto, aunque es harto mejor que todo él (Gén., 46, 34 y 47, 6).

2. Desde Clysma —esto es, desde el Mar Rojo— hasta la ciudad de Arabia hay cuatro etapas a través del desierto. No obstante su carácter desértico, en cada etapa se encontraban campamentos con soldados y oficiales (23), los cuales siempre nos escoltaron de un fuerte a otro. Durante el camino, los santos varones que nos acompañaban, clérigos y monjes, nos señalaron todos los sitios que yo, de acuerdo con la Escritura, les

pedía. De estos lugares, algunos se encontraban a la izquierda y otros a la derecha de nuestro camino; ya muy lejos de la ruta, ya bien cerca de ella.

3. Deseo que vuestra caridad me crea; los hijos de Israel —según pude comprender— avanzaron de este modo: lo que adelantaban a la derecha lo retrocedían a la izquierda, tanto avanzaban cuanto desandaban. De este modo llegaron al Mar rojo (Exod., 14, 2) (24).

4. Nos mostraron a Epauleo, que estaba a nuestro frente y estuvimos en Magdalum (25). Pues existe ahora allí un fuerte en manos de un oficial y soldados que lo gobiernan en nombre de la autoridad romana.

Nos escoltaron, como de costumbre, hasta el otro fuerte y observamos la ubicación de Belsefón (26). Nos detuvimos en ella. Se trata de una llanura al borde del Mar Rojo a los flancos del monte arriba mencionado. Allí los israelitas dieron gritos al ver a los egipcios que los seguían (Exod., 14, 10).

5. De igual modo se nos señaló Otón (27), que está junto al desierto, como se halla escrito (Exod., 13, 20). También a Sucot (Exod., 12, 37), que se reduce a un montículo en medio del valle (28). En esta colina los hijos de Israel establecieron su campamento y allí fue ordenada la ley de Pascua (Exod., 12, 43).

6. En el mismo trayecto vimos la ciudad de Pithón. Fue contruida por los israelitas (Exodo, 1, 11) en el lugar por donde penetramos en el territorio de Egipto al abandonar el país de los sarra-cenos. Pithón es ahora un fuerte.

7. Heroópolis, que fuera una ciudad en los tiempos en que José fue al encuentro de su padre Jacob, como se describe en el libro del Génesis (46, 29), es hoy una aldea, pero muy grande, como las que nosotros denominamos villa (29). Tiene una iglesia, y *martiria* (30), y un gran número de monasterios de santos monjes. Para verlo todo, fue necesario descender a ese lugar, según nuestra costumbre.

8. Esta villa se llama hoy Hero y se encuentra a dieciséis millas (31) de la tierra de Gosén en el territorio de Egipto. Es un lugar bastante agradable, pues por ahí corre un brazo del Nilo.

9. Luego, habiendo dejado Hero, llegamos a una población llamada Arabia, que es una ciudad de la tierra de Gosén (32). De este modo se explican las palabras del Faraón a José: “Establece

a tu padre y hermanos en la mejor tierra de Egipto, en la región de Gosén, en la tierra de Arabia” (Gén., 47, 6).

VIII. Ramesés

1. Entre la ciudad de Arabia y Ramesés hay unos cuatro mil pasos (33). Para llegar a la etapa de Arabia, pasamos por el centro de Ramesés. Esta ciudad se reduce ahora a una llanura donde no se encuentra ni una sola morada. Se nota que su antiguo contorno era inmenso y con muchos edificios. Todavía hoy sus ruinas parecen infinitas.

2. Ahora sólo existe una enorme piedra de Tebas, sobre la cual se destacan en relieve dos estatuas gigantescas que, según dicen, representan a los dos santos varones, Moisés y Aarón. Se afirma que los israelitas las erigieron en su honor.

3. También existe allí un árbol de sicomoro (34). Aseguran que lo plantaron los patriarcas. Con ser ya muy viejo y muy pequeño, sin embargo aún da frutos. Cuando sienten indisposición se acercan a él, tocan sus ramas y se mejoran.

4. Esto nos lo aseguró el santo obispo de Arabia, quien nos dio también el nombre del árbol. En griego se lo llama: *dendros alethiae*, lo que entre nosotros significa “árbol de la verdad”.

Este santo obispo, no obstante ser muy anciano, se dignó venir a nuestro encuentro en Ramesés. Se trata de un viejo monje, de veras piadoso y amable, muy acogedor de peregrinos y eruditísimo en las escrituras de Dios.

5. Quiso molestarse y, viniendo a nuestro encuentro, nos indicó todo lo que allí había, narrando la historia de las estatuas de las que les hablé, como también la del sicomoro. El santo obispo nos refirió también que al advertir el Faraón que los israelitas lo habían abandonado, entonces, antes de lanzarse en su persecución, penetró con todo su ejército en Ramesés y quemó enteramente la ciudad, que era inmensa; y desde allí partió en persecución de los hijos de Israel.

IX. Arabia

1. Por una feliz coincidencia, el día que llegamos a la etapa de Arabia, era la vigilia de la dichosa fiesta de Epifanía. La vigilia debía celebrarse en la iglesia (35). El santo obispo nos retuvo por dos días. Se trataba de un santo y de un verdadero hombre de Dios, a quien conocía desde cuando yo fuera a la Tebaida.

2. Este santo obispo es un antiguo monje criado desde su niñez en un monasterio. Por esto es tan erudito en las Escrituras y tan irreprochable su vida, como tengo dicho.

3. En ese momento despedimos a los soldados que nos habían prestado ayuda en nombre de la autoridad romana, pues habíamos andado por regiones sospechosas. Ahora nos encontrábamos en la amplia ruta de Egipto, la que pasa por la ciudad de Arabia y conduce desde la Tebaida a Pelusio. Por tanto, ya no se requería molestar a los soldados.

La tierra de Gosén

4. Saliendo de allí atravesamos toda la tierra de Gosén, siempre entre viñedos que dan vino, y viñas que brindan bálsamo; entre vergeles, campos bien cultivados, hermosos jardines al borde del Nilo, entre los riquísimos dominios que en otro tiempo habían sido propiedad de los hijos de Israel. ¿Qué más diré? Creo que no he visto en ninguna parte país más encantador que la tierra de Gosén (36).

5. De la ciudad de Arabia, después de dos días de camino, siempre a través de la tierra de Gosén, llegamos a la ciudad de Tanis, en la que nació Moisés. Esta ciudad en tiempos anteriores se consideró la metrópolis del Faraón (37).

6. Aunque conocía esos parajes, según dije, desde mi permanencia en Alejandría y en la Tebaida, sin embargo, como quería observar detenidamente los lugares por donde habían pasado los hijos de Israel yendo desde Ramesés a la santa montaña de Dios, el Sinaí, se requería regresar otra vez a tierra de Gosén y luego a Tanis. Por ruta conocida, desde Tanis llegué a Pelusio (38).

7. , De donde volviendo a salir y peregrinando por cada una de las etapas de Egipto por las que habíamos transitado, llegué a

las fronteras de Palestina. Luego en nombre de Cristo nuestro Dios, realizando algunas etapas todavía a través de Palestina, entré en Elia, o sea, en Jerusalén (39).

X. El monte Nebo

1. Transcurriendo cierto tiempo y queriéndolo Dios, tuve deseos de llegarme nuevamente hasta Arabia, al monte Nebo. Allí ordenó Dios a Moisés que lo ascendiera, diciéndole: “Sube a las montañas Arabot (40), al monte Nebo, que domina la tierra de Moab, frente a Jericó y mira la tierra de Canaán, que Yo le otorgo en posesión a los hijos de Israel. Tú morirás sobre la montaña que vas a escalar” (Deut., 32, 49-50).

2. Así, pues, Jesús nuestro Dios, que no abandona a los que en El esperan, se dignó también esta vez otorgarme el cumplimiento de mi deseo.

3. Al salir de Jerusalén en compañía de santos varones —es decir, con un sacerdote, diácono de Jerusalén y con algunos hermanos o monjes— llegamos al lugar por el cual los hijos de Israel habían vadeado el río Jordán cuando San Josué, hijo de Nave, se lo hizo cruzar; como se narra en el libro de Josué (3 y 4). También se nos indicó el lugar, un tanto más arriba, donde los hijos de Rubén y de Gad y la media tribu de Manasés, erigieron un altar en la margen, en que se levanta Jericó (Jos., 22, 10-34).

4. Atravesando, pues, el río, llegamos a una ciudad llamada Livias, situada en la llanura donde en aquel tiempo los israelitas establecieron sus tiendas. Puede verse allí todavía los cimientos de las tiendas y de las habitaciones en las que moraron. Esta llanura se extiende infinitamente al pie de la montaña de Arabia sobre las márgenes del Jordán. De este sitio se escribió: “Los hijos de Israel lloraron a Moisés en las llanuras de Moad y del Jordán, frente a Jericó, durante cuarenta días” (Deut., 34, 8).

5. También en ese lugar, inmediatamente después de la desaparición de Moisés, Josué, hijo de Nave, fue lleno del espíritu de ciencia, pues, como está escrito, Moisés había puesto las manos sobre él (Deut., 34, 9).

6. En el mismo lugar escribió Moisés el libro del Deuteronomio (Deut., 31, 24). También allí, Moisés pronunció a los oídos

de toda la asamblea de Israel, las palabras del cántico hasta el fin (Deut., 31, 30 y 32, 1-43); el cántico está escrito en el libro del Deuteronomio. En este lugar San Moisés, hombre de Dios, bendijo a los hijos de Israel, tribu por tribu, una tras otra, antes de su muerte (Deut., 33).

7. Cuando llegamos a la llanura nos acercamos a ese lugar. Se hizo oración, se leyó el pasaje del Deuteronomio, sin olvidar el cántico, ni las bendiciones que pronunciara sobre los hijos de Israel.

Por segunda vez, luego de la lectura, se hizo oración y salimos de allí, dando gracias a Dios. Esta era siempre nuestra costumbre, que cuando conseguíamos llegar a los lugares deseados, primero se hacía allí una oración, después se leía el trozo correspondiente sacado del código (41), se entonaba también un salmo apropiado a las circunstancias y se hacía nuevamente otra oración. Esta costumbre, con la ayuda de Dios, la conservamos siempre que pudimos llegar a los lugares programados.

8. Con el fin de llevar a término feliz nuestra empresa, nos apresuramos a llegar al monte Nebo. En el trayecto nos guiaba un sacerdote del lugar, de Livias, a quien rogamos que nos acompañara, pues conocía mejor aquellos lugares. El sacerdote nos advirtió: "Si queréis ver el agua que fluye de la peña, aquella que Moisés dio a los israelitas (Exod., 17, 6; Núm., 20, 8), cuando tuvieron sed, podéis verla con la condición sin embargo que consintáis imponeros la molestia de desviaros de la ruta, quizá seis millas (42).

9. Cuando tal dijo, nosotros movidos por ardientes ansias determinamos separarnos al instante de nuestra ruta y seguir al sacerdote que nos conducía. Existe en el lugar una pequeña iglesia, no precisamente al pie del monte Nebo, sino de otro más adentro, pero no muy alejado del Nebo. Muchos monjes moran allí, hombres de veras santos a quienes allí se llama ascetas.

XI. El agua de la roca

1. Se dignaron estos santos monjes recibirnos con la mejor acogida. Nos permitieron entrar y saludarlos. Luego de hacer oración en su compañía, tuvieron la bondad de darnos eulogias como acostumbran hacer con aquellos a quienes brindan hospitalidad.

2. Allí, entre la iglesia y los monasterios, brota en el medio de la peña un agua abundante y fresca, límpida y de gusto excelente. Preguntamos entonces a aquellos santos monjes que allí moraban, qué agua fuese aquella tan excelente y de sabor tan bueno. Ellos nos respondieron: "Esta es el agua que San Moisés dio a los hijos de Israel en este desierto".

3. Se cumplió como de costumbre la oración, se leyó el pasaje sacado de los libros de Moisés, y dicho también un salmo; y luego, en compañía de los santos clérigos y monjes que con nosotros habían venido, continuamos nuestro camino hacia la montaña. Muchos de los monjes que moraban allí junto al agua se dignaron ascender con nosotros al monte Nebo, por lo menos aquellos que pudieron imponerse esta fatiga.

4. Así, pues, caminando desde este lugar, llegamos al pie del Nebo, que es un monte muy alto. Con todo, puede subirse en su mayor parte a lomo de mula; pero hay un pequeño tramo que, por ser escarpado, es necesario hacerlo a pie y con fatiga. Y así lo hicimos.

XII. El sepulcro de Moisés

1. Llegamos, pues, a la cima de la montaña. En la cumbre del monte Nebo existe actualmente una iglesia de proporciones no muy vastas. En el sitio donde se encuentra el púlpito (43), observé un lóculo un tanto más elevado, cuyas dimensiones correspondían a las que de ordinario tienen las tumbas.

2. Entonces interrogué a estos santos varones qué fuere aquello; y me respondieron: "Aquí fue depositado Moisés por los ángeles, pues, como está escrito: "Ningún hombre conoce su sepultura" (Deut., 34, 6). Esto confirma la creencia de que fuese enterrado por los ángeles. No se conoce hasta hoy el sepulcro en que haya sido depositado (44). Sin embargo, así como los ancianos que moraban en este lugar nos mostraron a nosotros el sitio en que fue depositado, así también nosotros os lo mostramos a vosotros. Por lo demás, aquéllos nos aseguraron que esta tradición la habían recibido de sus mayores".

3. Hicimos luego oración y cumplimos ordenadamente cuanto teníamos acostumbrado en cada uno de los lugares santos;

después salimos de la iglesia. Los sacerdotes y santos monjes, que conocían el lugar, nos dijeron: “Si queréis contemplar los sitios que menciona el libro de Moisés, salid fuera, delante de la puerta de la iglesia, y desde esa altura mirad y observad lo que pueda verse desde aquí y os diremos qué cosa sea cada uno de los lugares que se ven”. Llenos de contento salimos de inmediato afuera.

4. Desde la puerta de la iglesia, vimos el lugar por el que entra el Jordán en el Mar Muerto. Dada nuestra ubicación, ese lugar se encontraba precisamente debajo de nosotros. Vimos de frente no sólo Livias, que está aquende el Jordán, sino también Jericó, allende el mismo. Todo lo abarcaba nuestra vista desde el elevado puesto donde nos situamos delante de la puerta de la iglesia.

5. En cuanto podían los ojos ver, desde allí se dominaba gran parte de Palestina, que es la tierra de promisión; como también la región del Jordán. A la izquierda vimos todas las tierras de los habitantes de Sodoma, en particular Segor, que es la única de las cinco ciudades existente aún (Gen., 14; 2; Deut., 34, 3).

6. Allí está como recuerdo, en tanto que de las otras ciudades no aparece sino una confusión de ruinas, tal como fueron reducidas a cenizas. Se nos mostró también el lugar donde se encontraba la estela de la mujer de Lot (45), según se menciona en las Escrituras (Génesis, 19, 26).

7. Pero os aseguro, damas venerables, que la columna no aparece, sólo se muestra el lugar, pues fue cubierta, según se afirma, por el Mar Muerto. Contemplamos el sitio, pero no la columna. No podría, por cierto, engañaros en esto. El obispo del lugar, de Segor, nos aseguró que ya desde varios años la columna no era visible. A unas seis millas de Segor (46), se sitúa el lugar de la columna, hoy cubierta por las aguas.

8. A continuación avanzamos hacia la derecha de la iglesia, pero por la parte exterior, y se nos mostraron de frente dos ciudades: Esebón, que perteneció al rey Seón, rey de los Amorreos, hoy llamada Exebón (Num., 21, 26; Deut., 29, 7); y otra, la de Og, del rey de Basán, que hoy se llama Sasdra (Num., 21, 33; Deut., 3, 10). Desde el mismo sitio se nos mostró, de frente, Fegor, que perteneció al reino de Edón (Núm., 23, 28; Deut., 4, 46).

9. Todas estas ciudades que veíamos se hallaban sobre las montañas; un poco más abajo nos pareció ver una llanura. Enton-

ces se nos aclaró que en los días en que San Moisés y los israelitas combatieron contra estas ciudades, establecieron campamentos en aquella llanura, pues aparecían aún señales de ellos.

10. Desde la parte del monte que llamé izquierda y que domina el Mar Muerto, se nos mostró una montaña cortada a pique, en otro tiempo llamada Agrispécula. Esta es la montaña en la que Balaac, hijo de Beor, colocó a Balaam el adivino para maldecir a los hijos de Israel, cosa que no permitió Dios, como está escrito (Núm., 23, 14 y sigs.).

XIII. La tumba de Job

1. Después de algún tiempo, quise ir al país de Ausitis (47) a visitar la tumba de Job por motivos piadosos (Job, 1, 1). Veía a numerosos santos monjes venir desde allí a Jerusalén con el fin de visitar los santos lugares y de rezar. Al escuchar los pormenores sobre su país, despertó en mí un gran deseo de dirigirme allá aun a costa de grandes fatigas, si puede hablarse de fatiga cuando uno ve realizado su deseo.

2. Así, pues, salí de Jerusalén con los santos que, deseosos también de rezar, se dignaron acompañarme durante mi viaje. Por la ruta que une Jerusalén y Cárneas se pasa por ocho etapas. Se denomina en la actualidad Cárneas, la ciudad de Job, antiguamente llamada Denaba, en la tierra de Ausitis, junto a los límites de Idumea y Arabia. En esta ruta, durante la marcha, sobre la margen del Jordán, contemplé un valle agradable y muy bello, con abundantes viñedos y árboles, pues existían allí muchos manantiales de agua muy buena.

3. En este valle hay una población grande, actualmente llamada Sedima. En el interior de la población, la cual se halla en el centro de la llanura, hay un montículo no muy grande construido en el estilo de las tumbas, pero de las tumbas grandes. En su cima se yergue una iglesia, y abajo, en los alrededores de la colina, se observan grandes cimientos antiguos. Aun ahora en esa aldea moran algunas gentes (48).

4. Al contemplar semejante paraje, yo pregunté qué lugar fuese ese tan agradable. Entonces se me respondió: "Esta es la ciudad del rey Melquisedec, llamada antiguamente Salem. De la

corrupción de esta palabra se originó el nombre de Sedima, que hoy lleva la región. Esta pequeña colina está situada en el centro de la población. La construcción que observas en la cumbre es una iglesia. En griego se llama hoy *opu...* Melquisedec (49). Porque este es el lugar en el cual Melquisedec ofreció a Dios sacrificios puros; es decir, pan y vino, como está escrito” (Gen., 14, 18).

XIV. Algo más sobre Salem

1. Apenas escuchadas estas palabras, nos apeamos de los animales. Y he aquí que el santo sacerdote del lugar, con sus clérigos, se dignaba dirigirse a nuestro encuentro. Y habiendo llegado, en seguida se complacieron en conducirnos arriba hasta la iglesia. Al llegar, de inmediato hicimos, como de costumbre, una oración y se leyó luego el pasaje correspondiente al libro de San Moisés. También recitamos un salmo apropiado al sitio y descendimos luego de rezar una segunda oración.

2. Cuando hubimos descendido, el santo sacerdote —hombre anciano y conocedor de las Escrituras, que ya presidía el lugar desde que era monje— nos dirigió la palabra. Luego supimos que de este presbítero, numerosos obispos rendían un alto testimonio de su vida, asegurando que era digno de servir en el sitio donde por primera vez ofreció a Dios San Melquisedec sacrificios puros a la llegada de Abraham.

Al descender, pues, de la iglesia al llano, el sacerdote, como dije más arriba, nos habló: “Los cimientos que veis en las inmediaciones de esta pequeña colina, pertenecieron al palacio del rey Melquisedec. Por esto si todavía alguien quiere construir una casa utilizando estos cimientos, es fácil que encuentre ahí partículas tanto de plata como de bronce.

3. Por la ruta que veis pasar entre el Jordán y este poblado, regresó Abraham (Gén., 14, 1 y 18) de vuelta a Sodoma, después de haber muerto a Codolagomor, rey de las naciones (50); y en ella fue a su encuentro San Melquisedec, rey de Salem”.

XV. “El jardín de San Juan”

1. Recordándome que San Juan había bautizado en Enón, cerca de Salima, como está escrito (Juan, 3, 23), pregunté a qué distancia se encontraba ese lugar. “Se halla —me respondió el santo sacerdote— a doscientos pasos de aquí” (51). Puedo conducirte hasta allá, caminando si lo deseas. El agua tan pura y abundante que has visto en este pueblo procede de aquella fuente”.

2. Le agradecí y le rogué que me condujera hasta el sitio; a lo que accedió. En su compañía presto nos pusimos en marcha, de a pie, atravesando totalmente el amenísimo valle hasta llegar a un vergel muy hermoso, en cuyo centro nos señaló una fuente de agua excelente y muy pura, la que de una vez da origen a un verdadero arroyuelo. Delante de la fuente hay una especie de lago, donde sin duda San Juan Bautista ejerció su ministerio (52).

3. El santo presbítero nos dijo entonces: “Actualmente este sitio no tiene otro nombre que el griego de *Cepos tu agiu Johanni*; o como decimos en latín *Hortus Sancti Joannis* (Jardín de San Juan).

4. Muchos hermanos y santos monjes de diversas regiones se llegan aquí para bañarse”.

Junto a esta fuente, como de costumbre, se elevó una oración, se leyó el pasaje, recitamos un salmo apropiado e hicimos allí cuanto acostumbremos ejecutar en los lugares santos.

5. Todavía hoy, según nos aseguró el santo sacerdote, todos los que en el pueblo debían ser bautizados en Pascua, en la iglesia llamada *opu* Melquisedec, lo hacían en esta fuente. Desde temprano venían con luminarias, acompañados por clérigos y monjes, rezando salmos y antífonas. De este mismo modo desde temprano, eran conducidos de la fuente hasta la Iglesia de San Melquisedec, cuantos habían sido bautizados.

6. Recibimos las eulogias del huerto de San Juan Bautista de las manos del sacerdote y de los monjes santos que tenían sus monasterios allí en el huerto, y dando siempre gracias a Dios, partimos por el mismo sendero por el cual antes íbamos.

XVI. Recuerdos del profeta Elías

1. Marchamos así un tiempo por el valle del Jordán al borde del río porque ése era nuestro camino por un buen trecho, cuando de repente vimos a Thesbe, la ciudad del santo profeta Elías, de donde le viene el apodo de Elías el Tesbita (III Reyes, 17, 1). Todavía se encuentra allí la gruta en la que moró el santo, al igual que la tumba de Jefté, cuyo nombre leemos en el libro de los Jueces (12, 7).

2. Proseguimos nuestra ruta; después de haber dado gracias a Dios según nuestra costumbre. Al avanzar divisamos a nuestra izquierda un valle sobremano hermoso y dilatado y que arrojaba en el Jordán un caudaloso torrente. Vimos asimismo el monasterio de un hermano que allí vivía como monje.

3. Entonces yo, que soy bastante curiosa, comencé a preguntar qué valle era aquel donde el santo monje acababa de construir su monasterio, pues pensé que no sin motivo se había hecho. Los santos, que con nosotros caminaban, muy conocedores del lugar, nos respondieron: “Este es el valle de Corra. En él se estableció Elías Tesbita en tiempos del rey Acab (III Reyes, 17, 3-6). Por orden de Dios, pues eran tiempos de hambre, un cuervo le llevaba alimento y bebía agua de este torrente, porque este torrente, que veis precipitarse por el valle, es el de Corra”.

4. Así, pues —dando gracias a Dios, quien no obstante toda nuestra indignidad, se complacía en hacernos ver lo que deseábamos—, nos pusimos en camino según lo hacíamos todos los días. Marchamos de este modo, por días y días. De súbito surgió a la izquierda —desde donde veíamos a la Fenicia de frente— una montaña enorme y en extremo excelsa que se extendía en largo... (53).

5. ... ese santo monje, un asceta, después de tantos años pasados en el desierto, debió salir y descender a la ciudad de Cárneas (54), con el fin de advertir al obispo y a los clérigos de su tiempo, que cavasen en aquel lugar que le había sido revelado. Y así lo hicieron.

6. Cavando en el lugar indicado, encontraron una gruta, que siguieron por una extensión de unos cien pasos (55). Allí descubrieron de repente, mientras cavaban, una piedra. Al moverla encontraron grabado en la abertura la palabra Job.

Por esto se edificó en el lugar la iglesia que vosotros veis en honor de Job, para que no se trasladase la piedra ni el cuerpo a otro sitio, sino que permaneciera donde había sido encontrado el cuerpo; y que éste reposara bajo el altar. Ignoro qué tribuno ordenó la construcción de esta iglesia, pero ha quedado sin terminar hasta el presente.

7. Al otro día por la mañana, rogamos al obispo que ofreciera la oblación, cosa que se dignó cumplir. Luego partimos con la bendición del obispo. Comulgamos allí y, dando siempre gracias a Dios, regresamos a Jerusalén, pasando por todas las etapas por donde habíamos peregrinado tres años hacía.

XVII Plan de viaje a la Mesopotamia

1. Habiendo transcurrido de este modo cierto tiempo y como ya se hubiesen cumplido tres años desde mi llegada a Jerusalén, en nombre de Dios, acariciaba el deseo de retornar a mi patria, pues había visto todos los lugares santos a los que llegué para rezar. Quise con todo, secundando siempre el querer divino, llegarme hasta Mesopotamia de Siria con la intención de visitar a los santos monjes. Se afirma que en esos lugares son muy numerosos, y su vida admirable sobre toda ponderación; y también con el propósito de rezar ante el *Martyrium* del apóstol Santo Tomás. Su cuerpo fue colocado allí en Edesa, a donde habría sido enviado después de la ascensión de Jesucristo nuestro Dios, como consta en la carta enviada al rey Abgar por correo de Ananías. Esta carta se conserva con gran respeto en la ciudad de Edesa, donde se encuentra el *Martyrium* (56).

2. Aseguro a vuestra caridad que ningún cristiano, entre los que por devoción viene a los lugares santos de Jerusalén, deja de acercarse hasta el sitio, que se halla a veinticinco etapas de Jerusalén.

3. Desde Antioquía, la Mesopotamia queda más cerca. Por eso, queriéndolo Dios, iría cuando debiese volver a Constantinopla, cuyo camino pasa por Antioquía y desde donde resulta más cómodo ir hasta la Mesopotamia. De este modo lo hice, ayudada por la gracia de Dios.

XVIII. Hacia el Eufrates

1. Salí, pues, de Antioquía, en nombre de Cristo nuestro Dios, con el fin de entrar en la Mesopotamia. Pasé muchas etapas y ciudades de la provincia de Cele-Siria, esto es, de Antioquía (57). Penetré después en territorio de la provincia Augustofra-tense hasta llegar a la ciudad de Hierápolis, metrópoli de la misma provincia. Debí hacer un alto en esta ciudad, muy bella y rica, donde todo bien abunda, porque de ella no distan mucho los límites de la Mesopotamia.

2. Salí, por tanto, de Hierápolis y con la gracia de Dios llegué al río Eufrates, a quince millas (58). Con mucha verdad lo llama la Escritura “el gran río Eufrates, pues es enorme y casi terrible (Gén., 15, 18). Corre con la impetuosidad del Ródano; con la diferencia de que el Eufrates es todavía mayor.

3. Dado que se quería cruzarlo en embarcaciones —y sólo en grandes embarcaciones—, me detuve allí un poco más de medio día. Después de haberlo atravesado penetré, en nombre de Dios, en los territorios de la Mesopotamia, de Siria.

XIX. Ciudad de Edesa

1. Y continuando mi ruta durante varias etapas, llegué a una ciudad, cuyo nombre se encuentra en las Escrituras. Batanis, que subsiste todavía hoy. Hay allí una iglesia con un obispo muy santo, monje y confesor (59), y existen también varios *martyria*. La ciudad rebosa de población y tiene además establecidas tropas con su tribuno.

2. Saliendo de allí llegamos a Edesa, en nombre de Cristo nuestro Dios. Al llegar nos encaminamos de inmediato a la iglesia y al *martyrium* de Santo Tomás. Luego de haber hecho oración, según nuestra costumbre, y cuanto solíamos realizar en los santos lugares, leímos algunos textos relativos a Santo Tomás (60).

3. La iglesia allí erigida es amplia, de gran belleza y recientemente construida, digna en verdad de ser casa de Dios. Como deseaba ver muchas cosas, debí detenerme tres días.

4. Así en esta ciudad, vi una gran cantidad de *martyria* y también numerosos monjes; algunos moraban cerca de los *martyria*;

otros, muy lejos de la ciudad, en lugares apartados donde se levantaban sus monasterios.

5. El santo obispo de esta ciudad, un hombre en verdad piadoso, monje y confesor, me acogió con bondad. Luego me dijo: “Hija mía, veo que por motivos piadosos os habéis impuesto la fatiga enorme de venir casi desde los confines del mundo a estas tierras. Si lo consideráis grato os mostraremos aquellos lugares cuya contemplación causa placer a los cristianos”. Entonces agradecí primeramente a Dios, y después a él le pedí mucho que se dignara hacer lo que decía.

6. Me condujo, ante todo, al palacio del rey Abgar. Me señaló una estatua del mismo rey, muy parecida, según afirmaban. Era de mármol tan brillante como si fuera de perlas. El rostro de Abgar, con sólo mirarlo, traslucía al hombre verdaderamente sabio y honorable. El obispo me aseguró entonces: “Este es el rey Abgar, que antes de ver al Señor creyó que en verdad era el Hijo de Dios” (61).

Había junto a ésta, otra estatua semejante, construida con el mismo mármol. Me aseguró que reproducía a su hijo Magno, cuyo rostro también tenía especial encanto.

7. Penetramos luego en el interior del palacio. Se encontraban allí unas fuentes llenas de peces; nunca he visto otras iguales; tan grandes eran y tan limpias y sabrosas sus aguas. La ciudad no posee más agua que la que fluye del palacio, la cual semeja un caudaloso río de plata.

8. El santo obispo me refirió entonces la historia del agua en estos términos: “Algún tiempo después que el rey Abgar había escrito al Señor y que el Señor le había respondido por el correo de Ananías, como consta en la carta, pasando algún tiempo vienen los persas y cercan la ciudad.

9. Llevó en seguida Abgar la carta del Señor a la puerta de la ciudad y con todo su ejército, hizo pública oración. Y agregó: “Señor Jesús, tú nos prometiste que ningún enemigo entraría en esta ciudad, y he aquí que en este momento nos atacan los persas”. Habló así el rey y teniendo en sus manos levantadas la carta abierta se hizo de súbito una gran oscuridad fuera de la ciudad, pero solamente para los persas, que se encontraban cerca de la ciudad, a tres millas (62).

Y la oscuridad les causó tal turbación que apenas pudieron establecer su campamento y rodear la ciudad en el tercer miliario.

10. Tanta confusión sufrieron los persas que jamás pudieron discernir el lugar por el que debían entrar en la ciudad. En cambio, ellos custodiaron la ciudad, rodeada por los enemigos situados en el tercer miliario y así durante varios meses.

11. Luego que comprendieron que de ninguna manera podían entrar en la ciudad, entonces tramaron hacer morir de sed a cuantos en ella se encontraban. Aquel montículo que veis, hija mía, dominando la ciudad, la proveía entonces de agua. Al percatarse de esto los persas desviaron el agua de la ciudad y la derivaron hacia el lugar donde tenían establecido su campamento.

12. Ahora bien, en el día y hora en que los persas desviaron el agua hacia su campamento, por orden de Dios, a una brotaron las fuentes que veis aquí. Desde entonces hasta hoy continúan manando, gracias a Dios. En cambio, el agua desviada por los persas se agotó de tal manera en la misma hora, que los asediantes de la ciudad no la pudieron beber ni un solo día. Nunca en adelante brotó hasta hoy, como puede todavía observarse.

13. Se vieron obligados a regresar a Persia, su tierra, disponiéndolo Dios que había prometido que así sucedería. En adelante, siempre que los enemigos han pretendido atacar nuestra ciudad, se llevó la carta que se leyó en la puerta, y de inmediato, por beneplácito divino, todos los enemigos eran expulsados”.

14. El santo obispo también narró esto: “En el lugar donde brotaron estas fuentes existía anteriormente una planicie en el interior de la ciudad, al pie del palacio de Abgar. Este palacio está situado a una cierta altura, como todavía se ve, y podéis comprobarlo. En aquellos tiempos se acostumbraba a construir los palacios sobre elevaciones.

15. Pero una vez brotadas en ese lugar las fuentes, mandó Abgar construir para su hijo Magnus (del cual visteis la estatua colocada junto a la del padre) este palacio; de modo que las fuentes quedaron cerradas en su interior”.

16. Después de haberme narrado todo esto, el santo obispo me dijo: “Vayamos a la puerta por la que entró Ananías, portador de la mencionada carta”.

Llegados a la puerta, el obispo, de pie, elevó una oración y nos leyó las cartas. Después de bendecirnos, reiteramos la oración.

17. El santo nos narró que desde el día en que entró Ananías por esta puerta con la carta del Señor, hasta nuestros días, es cus-

todiada para evitar que algún hombre impuro o con luto pase por ella o se saque el cuerpo de algún muerto.

18. Nos señaló también el santo obispo la tumba de Abgar y de toda su familia. Era muy hermosa, pero construida en estilo antiguo. Nos condujo igualmente al palacio superior, el primero que tuvo el rey Abgar. Nos mostró todos los lugares dignos de verse.

19. Hubo algo que me llenó de gozo. Las cartas que el santo obispo nos había leído —tanto la de Abgar al Señor como la del Señor a Abgar— me fueron otorgadas por él mismo; y aunque en la patria ya tenemos copias de ellas, con todo me resultó sobremañera grato, porque tal vez el texto nos llegó incompleto (63). Por cierto que el que yo recibí aquí es más extenso. Si Jesús, nuestro Dios, lo quiere, cuando llegue a la patria, vosotras, señoras de mi alma, también las leeréis.

XX. En la mansión de Abraham

1. Así, pues, luego de haber pasado allí tres días, fue necesario que me apresurara para llegar a Charras; como ahora se llama. En las Sagradas Escrituras se afirma que en Charras permaneció Abraham, como se lee en el Génesis cuando el Señor dijo a Abraham: “Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, y vete a Charras” y lo demás (Gén., 12, 1).

2. Una vez llegada a Charras, me fui de inmediato a la iglesia, levantada en el interior de la ciudad; saludé luego al obispo del lugar, un santo verdaderamente, hombre de Dios, que también es monje y confesor. Se dignó mostrarnos los lugares de allí que deseásemos ver.

3. Nos condujo en seguida a la iglesia que se encuentra fuera de la ciudad, en el sitio ocupado anteriormente por la casa de San Abraham. Fue construida la iglesia sobre sus cimientos y con sus mismas piedras —según afirmaba el santo obispo. Cuando llegamos a la iglesia, hicimos oración, se leyó el pasaje del Génesis, se entonó luego un salmo y repetida la oración, nos retiramos con la bendición del obispo.

4. Del mismo modo se dignó conducirnos al pozo del que Santa Rebeca sacaba agua. El obispo nos dijo: “He aquí el pozo

con cuya agua Rebeca dio de beber a los camellos de Eleazar, siervo de Abraham” (Gén. 24, 20). Y de este modo se dignó mostrarnos cada cosa.

5. En la iglesia de que hablé, aquella que está fuera de la ciudad, mis venerables hermanas y señoras, donde en tiempos anteriores estuviera la casa de Abraham, hoy se levanta el *martyrium* de un santo monje llamado Helpidio (64). Nos resultó sobremañera grato llegar allí la vigilia de la fiesta de San Helpidio, el nueve de las calendas de mayo (65).

Aquel día, de todas partes de aquellas regiones de la Mesopotamia descendía a Charras la totalidad de los monjes y aun aquellos ancianos, llamados ascetas, que vivían en la soledad, con motivo de la fiesta que allí se celebraba con mucha solemnidad y en memoria de Abraham, pues su casa estaba donde actualmente está la iglesia, y en la cual también se ha depositado el cuerpo del santo mártir.

6. Así nos resultó tan grata como inesperada la oportunidad de ver a los monjes de la Mesopotamia, santos y verdaderamente hombres de Dios, en especial aquellos cuya reputación y vida se conocían desde lejos.

Yo no creía poder verlos, no por suponer imposible para Dios el concederme igualmente esta gracia, ya que tantas me había concedido; sino porque yo había oído decir que fuera del día de Pascua y de éste, nunca descendían de los lugares que habitan —son hombres que hacen muchas cosas maravillosas (66)—; y yo ignoraba el mes en el que se celebraba a este mártir del que hablé. Por voluntad de Dios, tuve oportunidad de llegar el día oportuno sin pensarlo.

7. Permanecimos dos días por la fiesta del mártir y para ver estos santos, que se dignaron saludarme para augurarme la bienvenida, acogerme con gran generosidad y hablarme como en manera alguna merecía. Después de la fiesta del mártir, ya no se los vio en el lugar, pues esa misma noche tornaron al desierto, albergándose cada uno en su respectivo monasterio.

8. Fuera de un reducido número de clérigos y de santos monjes que moran en la ciudad, no encontré otro cristiano; sino paganos por doquiera, porque así como nosotros veneramos con gran respeto, en recuerdo de Abraham, el lugar donde en otro tiempo se levantaba su casa; así también los paganos de unos mil pasos (67)

– alrededor de la ciudad, veneran con no menor respeto, el sitio donde se encuentran las tumbas de Nacor y Batuel (68).

9. Dado que el obispo de esta ciudad es muy versado en las Escrituras, lo interrogué en estos términos: “Os ruego, señor, que me digáis cuanto deseo escuchar”. El me respondió: “Hija mía, preguntad cuanto queráis que, de saberlo, todo os lo diré”. Entonces pregunté: “Yo sé por la Escritura que Abraham con su padre Tharé, Sara su esposa, y Lot, hijo de su hermano, vinieron aquí (Gén., 11, 31); pero nada leí sobre el momento en que Nacor y Batuel, hayan pasado por aquí; tan sólo sé que un poco más tarde, un servidor de Abraham se llegó a Charras para pedir a Rebeca, hija de Batuel, hijo de Nacor, para el hijo de su dueño Abraham, es decir, para Isaac (Gén., 24, 1-55).

10. Entonces el santo obispo me respondió: “Sí, hija, como vos lo decís, está escrito en el Génesis que Abraham pasó por aquí con los suyos (Gén., 11, 31); sobre el momento en que pasaron Nacor y los suyos, y sobre Batuel, las Escrituras del Canon nada dicen (69). Con todo es evidente que más tarde pasaron, pues sus tumbas se encuentran, poco más o menos, a mil pasos de la ciudad (70). Lo que la Escritura atestigua con seguridad, es que el servidor de Abraham vino aquí para llevarse consigo a Rebeca (Gén. 24, 2 ss.).

11. A continuación le pregunté dónde estaba el pozo en el que Jacob dio de beber a las majadas que guardaba Raquel, la hija de Labán el sirio. El obispo agregó: “A seis millas (71) de aquí existe una población que perteneció anteriormente a Labán el sirio; pero dado que deseáis ir más allá, iremos para mostrároslo. Habitaban allí muchos monjes, santos ascetas, y se levanta una iglesia muy venerada”.

12. Aún interrogué al santo obispo dónde estuviese aquel lugar de los caldeos, en el cual habían habitado anteriormente Tareh y los suyos (Gén., 11, 28). El santo obispo entonces me respondió: “Ese lugar, hija mía, por el que me preguntas, se encuentra a diez etapas de aquí, en el interior de Persia. De aquí hasta Nísibe hay cinco etapas y de ahí hasta Ur, ciudad de Caldea, otras cinco; pero ahora los romanos ya no pueden entrar porque toda esa región está ocupada por los persas. A esta parte se la denomina especialmente provincia de Oriente, por estar en los confines de los territorios romanos, persas y caldeos”.

13. Accedió a contarme todavía otras muchas cosas, como se habían dignado hacerlo todos los demás santos obispos y monjes. Se trataba de pormenores concernientes a las divinas Escrituras y a la vida de estos varones, los monjes; tanto de aquellos que ya han abandonado este mundo después de haber realizado muchas maravillas, como de aquellos que todavía están vivos, es decir, de los ascetas, y de lo que diariamente hacen. Pues no quiero que vuestra caridad se imagine que los monjes tengan otras conversaciones que no sean sobre las divinas Escrituras o sobre las obras realizadas por los monjes más antiguos.

XXI. El pozo de Jacob

1. Después de dos días pasados ahí, el obispo nos condujo al pozo en que Jacob había abrevado las majadas de Santa Raquel. Este pozo se encuentra a seis millas de Charra. Con el fin de honrarlo se construyó en sus cercanías una venerable iglesia, amplia y bella. Al llegar al pozo, el obispo hizo una oración, leyó a continuación el pasaje correspondiente del Génesis y recitó luego un salmo apropiado al lugar. Nos bendijo después de iterada la oración.

2. Hemos visto en tierra, junto al pozo, la enorme piedra que Jacob había removido (Gén., 29, 3 y 10). Puede observarse aún ahora.

3. A la vera del pozo, moran solamente los clérigos de la iglesia del lugar; los monjes viven en los monasterios vecinos, cuya vida, nos refirió el obispo, es del todo inaudita. Después de haber hecho una oración en la iglesia, fui con el obispo hasta las moradas de los monjes. Agradecí a Dios y a estos hombres, los cuales en todos los monasterios que visité, se dignaron siempre acogerme cordialmente y hablarme con frases dignas de salir de sus bocas. También se dignaron darnos las eulogias a mí y a todos los huéspedes que recibieron con honor en sus monasterios.

4. Este lugar está emplazado en una extensa llanura. El obispo me señaló, al frente, un pueblo bastante grande, a unos quinientos pasos del pozo (72), y por el cual habíamos pasado. Este pueblo, al decir del obispo, en otro tiempo fue una villa de Labán el sirio y se llama Fadana (me indicaron en el mismo pue-